

*nélida piñón*

## **el mito de la creación**

Soy, como toda mujer, una sintaxis que se articula conforme la dinámica de un código heredado. Soy, al mismo tiempo, una conciencia /interpuesta/colocada/parada/ entre la semántica oficial y la lucha por una realidad que, al incluirme, convive cada vez más íntimamente con mi cuerpo y su complejo territorio, con mi deseo, con mi ordenamiento verbal, con mi punzante y polisémico punto de vista antropológico, histórico y cultural.

Al ser, sobre todo, una mujer que escribe, pasé a vivir intensamente un estado que oscila al arbitrio de la conquista de una conciencia auto-otorgada y de un patrimonio del cual, aun cuando socialmente impuesto, no prescindo, intentando fortalecer mis proyectos artísticos y éticos. La alianza de esta presumible independencia y del capital social, con cuya lengua, también, yo me expreso, me permite antagonizar las realidades que pretenden propiamente, subyugarme, a mi y a las compañeras de vida y de oficio.

Ciertamente, reconozco el aspecto canónico del lenguaje, cuya disciplina tiránica tiene la función de provocar fracturas ideológicas, de dispersar sueños, de establecer actitudes discriminatorias. Con este fin, es capaz el lenguaje de adoptar las estrategias que combatan o seduzcan mejor el género y la posición social del cuerpo físico en que este mismo lenguaje se instaló. Cuando el lenguaje, delante de la realidad, puede ejercitar plena e incontestablemente el poder de interpretarla y de organizarla a su gusto.

Reconozco, aún, que la historia no cesa de multiplicar mentiras, de omitir hechos, con la intención de reducir a la mujer al inmovilismo social, a la desvalorización cultural, ha-

ciendo, para ello, uso de su extraordinaria habilidad de ordenar secuencias y establecer prioridades conforme los intereses y puntos de vista de quien la suscribe.

Pero, al mismo tiempo que el lenguaje es este territorio masculado por la intransigencia, también es él marcado por la absoluta libertad con que se mueve a lo largo del recorrido del acto creador rigurosamente autónomo. El único acto, de hecho, con fuerza y prestigio para denunciar el lenguaje, subvertirlo, redimirlo y, sobre todo iluminarlo.

Hablar, entonces, sobre la creación es tentar, de algún modo, aproximarse del mito que la antecede y la gobierna. Es costear la precariedad de semejante acto, al mismo tiempo que indirectamente se mencionan las condiciones que permiten a una mujer crear y reflexionar sobre esta creación, disponiendo de los instrumentos que históricamente le llegaron a las manos y al corazón.

Es buscar, entre otras cosas, desvendar la intimidad creativa de la mujer que ahora les habla, y percibir en su rostro y en su texto el mismo espejo empañado que fatalmente contempla a cualquier creador, sea él hombre o mujer. Una vez que la historia o el lenguaje nunca más podrán expulsarnos de lo real.

La creación tiene un rastro difícil, imperceptible, mal viéndose sus marcas y sus orígenes. Cualquier acto creativo confúndese primordialmente con la vida, con la lengua, con la patria, con la propia biografía, con la memoria colectiva, con el tiempo presente y con el pretérito.

Siempre que se habla de este acto enigmático y voraz, de él no se pueden expulsar la mesa, la cama, las batallas, los gestos cotidianos. Mi vida, como la de todo escritor, está posiblemente embutida en el texto, clavada allí como una lanza. Y sobre esta vida y este texto, solamente puedo referirme con absoluta relatividad. Aprendí, sin embargo con mi abuelo Daniel, desembarcado en la Plaza Mauá, setenta años atrás, llegando de España, que antes aun de mi nacimiento, antes de ofrecermé esta tierra singular, iniciara él, en mi nombre, una especie de viaje, que me cabría proseguir, y que habría de habilitarme para lo imaginario, las dudas, las incertezas.

Y, niña todavía, aprendí que Simbad, este admirable mito volátil, no viajaba con la intención de narrar en cada puerto las historias que había vivido en el capítulo anterior. Al contrario; desde su nacimiento, antes mismo de dejar tierra firme, Simbad fue agraciado, al mismo tiempo, con la invención y la mentira, ambas legítimas revés y reflejo de la verdad. Y esta invención y esta mentira, posibilitándole un poder narrativo que se negaba, vehementemente, a resumir en pocas frases la aventura humana. En sus manos, la historia debería comenzar con la perspectiva de jamás terminar.

Poseedora, entonces, de la certeza de que se viaja hasta por los archipiélagos de la lengua, comprendí enseguida que la simple apropiación del enredo colectivo nos autoriza a formar parte de él. Y que la calle donde se vive es, muchas ve-



ces, el universo. La tierra donde se está es suficiente, si sabemos bordar, con auxilio de las agujas y de los hilos humanos, personajes, intrigas plenas de ardidés, metáforas que no se agotan, ingredientes, en fin, que neutralizan y al mismo tiempo proyectan luz sobre la omnipotencia de quien piensa saber narrar. Mas, como prueba de que tejí diferente que Penélope, que por la noche deshacía su propia historia; contrario a Ulises que, egoísta, supo armar la suya toda entera para él, fui despacio haciéndome escritora. Despacio invadiendo el oficio, sin reconocer de inmediato la categoría del material con el cual lidiaba, sin medirle los límites. Y esto porque la conciencia y los encargos éticos de este oficio se conquistan con los años, especialmente con el socorro de la pasión, esta materia ígnea capaz de traducir lo que la lucidez, muchas veces, no puede explicar. Sé bien que el objeto de la creación es el texto. Y que todo se realiza en torno de este fin. Pero no puedo abordar las filigranas del texto y del mito que gira en torno de él, sin primero proclamar la identidad de la lengua, que es la forma física de nuestra alma.

Tenemos todos la lengua en las manos y en el corazón. Ella está en todas partes, ella es lo que somos, lo que hacemos de ella. Y a pesar de su tradición portuguesa, que justamente violentamos para que nuestra historia se hiciera, y nos representase, esta lengua, aquí, en Brasil, es joven, tiene menos de quinientos años.

Bajo su tutela, y a través de su proceso histórico, cupo al escritor brasileño aprender que si en esta tierra se formaron mitologías y argumentos tan vastos fue para que ninguno de sus creadores llegase jamás a agotar sus recursos, o pudiese un día acusarlos de insuficientes. Sin duda, esta lengua portuguesa está a nuestro servicio. Joven y africana como nosotros, brasileños. Plañidera, de índole excesiva, siempre exigiendo que nos excedamos, para sólo así alcanzar sus reales sentimientos. Y, porque es joven, y está siempre explicándose, ella arranca, de donde sea, el pensamiento que la representa y la explica.

Esta nuestra lengua, antes anclada en el Tejo, comenzó a rejuvenecer, o, quién sabe, a nacer, justamente cuando los primeros navegantes dejaron Europa, aún con la lengua lusitana debajo de las axilas, embardunada de sudor y de rigor gramatical. Mal navegaron el Atlántico, el gusto de la aventura les fue afectando los sustratos lingüísticos. La tierra a la que venían buscando les dio, en seguida, nuevo sentido a la lengua, les reclamó otra sintáxis, les iba descascarando las palabras envejecidas en pro de las que venían naciendo.

El Brasil, antes mismo de dejarse descubrir, antes de ofrecer a los navegantes la primera geografía que correspondiese con sus sueños, exigía de ellos una lengua que, además de definirlo, fuese al encuentro de sus futuras necesidades. Exigía de los navegantes y colonizadores sobre todo una nueva manera de narrar pues el mundo aquí surgido era de tal modo espléndido, descomunal, contradictorio, que sólo un instrumento afín pasaría a deberle fidelidad.

Les pedía el Brasil una lengua generosa y matizada, para que toda historia, a ser hecha un día, en ella cupiese entera y

sin mentiras. Y que fuese esta lengua igualmente porosa, para que todo lo demás, viniendo después, no se excluyese de su narrativa.

A los nombres entonces dados, los brasileños acrecentaron otros. Nombres a los árboles, a los ríos, a los sentimientos que esos ríos y esos árboles despertaban. Y lo que se vislumbró o se intuyó, ganó palabra fuertemente propensa a unirse a las existentes, para formar, colegiadas, un pensamiento nacional.

Nada quedó sin bautismo. Cada nombre convertíase en un rostro, siempre que fuera descrito y en uso permanente. Había la tímida conciencia de que cuantos más nombres acumulásemos, mucho más tendríamos para crear para protestar, para defender. El país nos excedía en todo, a fin de que la historia de nuestra invención fuese siempre la historia de nuestra existencia, de nuestra capacidad de recensar y subvertir todas las realidades.

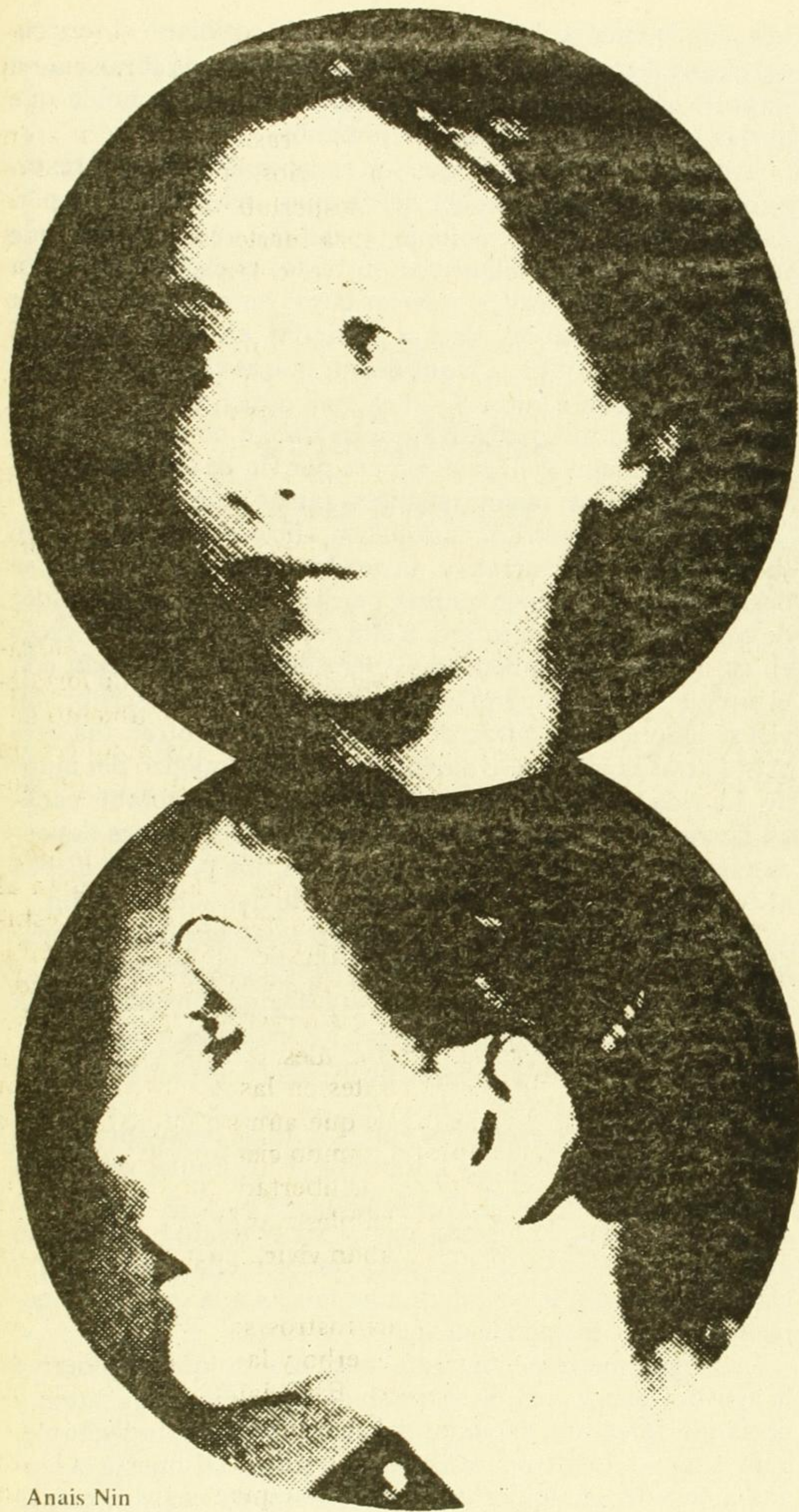
En esta batalla que antecede a la fábula de una nación, fueron todos convocados. Los que escribían, los que narraban al pie del fuego. A su manera, cuidaban todos de fortalecer una herencia. Algunos, ganaron gloria y monumento nacional. La mayoría permaneció anónima. Sus nombres no pueden ser rescatados de la obscuridad para que les prestemos honras.

Narraban ellos simplemente, sin el beneficio de la pluma. La voz era el único instrumento con que se aproximaban al alma popular y desprevenida. Pero, donde quiera que estuviesen, en el descampado o en las salas de visitas, esos anónimos reforzaban el trayecto de la lengua y la trayectoria secreta de un país. Sus argumentos transitorios abrazaban cálidamente vecinos y modestas comunidades. Eran esos hombres y esas mujeres los libros inexistentes en las estanterías de un país pobre. Eran ellos los libros que aún serían escritos. Lo que contaban no tenía autoría, rumbo cierto. Tal vez, sí, tuviesen sus historias el sabor de una libertad que el papel no fija. Pero, porque se mostraban hábiles, sus historias en voz alta eran aquellas que todas soñaban vivir, imitar, y tan pocos conocían de cerca.

Mal tejían la narración y sus rostros se desvanecían. De ellos quedaban la memoria del verbo y la certeza de que la vida se fabricaba todos los días. Especialmente, porque no sabían dar fin a una narración que expulsase, al mismo tiempo, a quien crea y a quien es creado. Iban enmendando un libro en el otro, todos invisibles. Hasta que los reemplazaran en la tarea de inventar. Incluso porque, habiendo pasado los años, les tocara la tarea de morir.

La sucesión, en estos casos, siempre ocurrió de modo natural. Quién llegaba después tomaba la última frase suelta en el aire, y se hacía de una técnica que agotase el mayor número de realidades. Y porque lo cotidiano aún causaba daños, iban todos en busca de la palabra albergada en el pecho del hombre que hasta entonces fuera su secreto y su enigma. Esta mágica investigación de la vida y de la lengua, se ha sucedido hasta nuestros días, sin interrupción de un minuto si-





Anais Nin

quiera, de modo tal que el escritor jamás dude que el producto de su creación es de origen y fabricación colectiva. Es que, sin la providencia de tales deponimientos anónimos y fugaces, la existencia, como un todo, la escaparía, no habría nacido su texto. Pues el escritor únicamente se hace conforme el ritmo de esa lengua dispersa, conforme a las leyendas, los sueños, las fantasías, los dolores que el pueblo crea con el propósito de que resistamos todos a cualquier sistema que nos quiera despojar de este patrimonio común. La construc-

ción de un mundo a través del cual puede el escritor aproximarse a la arteria primordial del hombre y auscultarle el mito substraído y reconquistado diariamente. Allí, entonces, palpar lo sacro y lo profano, interponerse entre ellos. Describirlos como si los pudiese retener, darles credibilidad, ir a sus orígenes. Entrelazarse, al final, el escritor, con el más penoso de los mitos, que siempre le ronda la casa, que es el mito de la creación.

Para darse cuenta de que crear es un violento asalto al organismo sensible. Y que los trastornos de tal acto bien justifican el misterio de su génesis. Y que toda versión resultante de este nacimiento es un mito gana de cada autor un retrato, no siempre de acuerdo con las versiones de los vecinos, de los lectores, de otros escritores.

Quiere, entretanto, el escritor definirse, esclarecer las semillas míticas que en él repercuten y que por lo tanto, son susceptibles de repetirse en los otros y por los otros susceptibles de ser igualmente descritas. Simula presidir integralmente los propios recursos, en cuanto retoca, y de manera exhaustiva, su matriz creadora, para que no se agote lo que llega a veces a borbotones. En este análisis, olvidado de la precedencia del texto, instaurado antes de su "ars poética". Un texto vocacionalmente volcado para contrariar las versiones y las descripciones que de él se hagan, y siempre pronto para despojar al escritor de sus máscaras y de sus disfraces.

Un quehacer poético a través del cual, sin embargo, el escritor revalúa diariamente su conciencia verbal, y adquiere la certeza de que crear es, al mismo tiempo, el develamiento de una obsesión proclamada en la propia escritura, y una precondition del lenguaje del cual él hará uso. Cuando la creación, en el eterno confrontamiento entre texto y escritor, cada cual retratando respectivamente lo que se deja describir, lo que escribe, aspira alcanzar todos los estados y apariencias que se propone representar, no importa que resistan a su aprehensión.

La tentativa, entonces, de fijar el texto, de ir al encuentro de lo que no tiene apariencia verbal, al punto de aún ganar forma, aún cuando se tenga presentido, es para el escritor una consecuencia de sí mismo. Sobre todo porque ganar cuerpo físico es una de las tentaciones del texto.

A partir, sin embargo, del proceso inicial de escritura, se acentúan las contradicciones del autor. Una vez que obligado a elegir de un material caótico lo que juzga indispensable para la narrativa, este simple acto selectivo representa una opción moral. Y porque aunque le fueran aseguradas todas las libertades —pues el texto nace de formas inventadas— llenar el vacío entre el texto concebido y el texto "haciéndose" es una de las versiones más comprometedoras que el artista tiene del propio libro.

Mas, en tanto el texto se hace, su vocación real es expulsar el otro texto interiorizado en él mismo. Como si dentro de un libro hubiese otro, que el autor une en un solo volumen, que



merecerá las lecturas destinadas a varios autores. Pues, a pesar de la apariencia inmutable del libro, el texto se relaciona consigo mismo, y con lo que le es próximo, a medida que se torna una criatura y un pensamiento. Y más todavía el lenguaje de esta criatura y de este pensamiento. Cuando escribir pasa a ser un acto de identificación con cualquier especie de lo real. Cuando hacer ver encima de las posibilidades de lo real subvencionado, ya en busca de lo real criticable, es tarea de quien escribe.

Entre tanto, hay una adecuación natural entre la realidad del texto y la realidad que lo generó. Y a despecho de la necesidad de tornar concreto lo que se quiere decir, este mismo texto abriga, ciertamente, alguna obscuridad inmediata, al servicio mismo de sus encargos poéticos. En estos casos revelándose un lenguaje subyacente, cuya función es preservar todo y cualquier residuo precioso. Lo que debe llegar a la superficie luminosa de la palabra. De modo que nada se escurra del pensamiento.

La realidad, sin embargo, no es lo contrario del lenguaje. Y ni el lenguaje es la abstracción de lo real. Al contrario, por ser el lenguaje un instrumento socializado y socializante, a través de ella el escritor da caución a lo real en el afán de definir los sentimientos. Y le ofrece un escrito. Una representatividad poética a lo que era antes latente. El escritor narra el recorrido lingüístico del lenguaje. Aprehende su organismo, salud, emoción, por vía de un sistema de apropiaciones y expropiaciones, ya que nada tiene dueño, nada tiene nombre. Nombre únicamente tendrá lo que resiste al tiempo, a nuestra voracidad afectiva e imaginaria.

Mas, al hacer caminar el instinto de su escritura paralelo al instinto popular que refuerza el repertorio de la lengua, el escritor admite la insuficiencia de su propia historia y cuando el lenguaje, al servirse de ella, le impone prioritariamente el enredo colectivo. Pues de naturaleza móvil y modular, la narrativa está en todas partes, en su agonía de sucederse. La narrativa, entonces, anticipase al escritor, aun cuando él, en la expectativa de develar sucesivas formas de vida, se empeñe en recoger a tiempo las arrugas, el drama, el futuro impreso en el rostro humano.

La batalla del escritor es inventar para decir la verdad. Y, para esto, se apoya sobre tejido verbal, que le negará sus recónditos recursos siempre que él, como autor, pierda el coraje de desestructurarse con la intención de clavar el puñal en el corazón del lenguaje, de la vida, que es el corazón del hombre.

Esta es una lucha difícil, y que no la obsequia con la certeza de estar pisando territorio desocupado. Una vez que lo nuevo, un estado ambicionado por el escritor, es transparente, únicamente él, que es nuevo, se determina, él, lo nuevo, se deja reflejar. Sin duda, lo nuevo es un proyecto que el futuro avalizará o no.

Sea como sea, escribiendo o a la escucha, en los apretados corredores de las cerraduras, el destino del escritor es hacer con que el pueblo crea en la vida que fabricó y vive, sin ha-

berse dado cuenta, insensibilizado por lo cotidiano al servicio del Poder. Esta denuncia de la vida prisionera de sí misma no impide, sin embargo, la revelación de una zafra noble que abriga los mejores sentimiento humanos.

Y porque sus criaturas, que son encaminadas para el texto, padecen de la volatilización del tiempo, del lenguaje implacablemente lógico y racional y de las restricciones que inauguran o pueden clausurar su texto, el escritor proyecta telones de fondo falsos, y puertas cuyas entradas no siempre son indicadas por las flechas pintadas en tinta china. Y dedícase, como autor, a la intuición, que es el más actualizado de los conocimientos. Y sin el cual, a bien de su oficio, no se integraría a una narrativa que se quiere no sometida, cuyos mejores flujos le llegan siempre por vía de los nexos afectivos, ritualísticos, memorialísticos, jamás interrumpidos.

Y así actúa el escritor, porque su oficio es necesario, y no se dedique él a la narrativa, talvez los eslabones humanos se deshiciesen, el lenguaje tendría perdido su inigualable poder de combinar lo circunscripto a ella con lo que se puede hacer en su nombre. Terminaríamos por confundir invención con el simple recurso biográfico. Sin el esfuerzo del escritor, tal vez se ignorase que atrás de la historia existe otra, una otra existe atrás, y así sucesivamente, hasta el comienzo del mundo. La vida humana preservada a lo largo de inagotable cadena narrativa. A lo largo de estos recibos de los cuales dependemos para conocer los propios hechos, las palabras dichas al acaso, la solidaridad, las omisiones, lo que somos, en fin.

No fuese la literatura para registrar la ascensión y el declinio de los más ásperos, inhóspitos y ambiguos sentimientos, y aún la comprobación del autor para avalizar instantes de la vida, nos creeríamos todos siempre los primeros a haber vivido el asalto de la pasión, el tormento de la duda y la miseria de la injusticia.

He aquí siempre el escritor con el mito de la palabra en las manos. Ambos inclinados a sobrepasar los límites de lo real posible para ingresar en lo real imaginario, que es el sueño colectivo. Cuando la historia pasa a ser el relato hace mucho guardado por la colectividad para también ella narrar. También ella sentirse detentora de una fábula a la cuál tiene derecho, y que corresponde al apetito de su voz.

La lengua nuevamente virada para el mito que la generó y la activó. Cuando, entonces, poblada de aspiraciones sacras y profanas, intégrase, encantatoria, a un "corpus" indisoluble, a un campo minado por mil combinaciones. Dispuesta la lengua a superar cualquier concepto, cualquier censura que la restrinja, que limite su uso.

Pero el escritor, ceñido al lenguaje, al mito, a la imaginación, toma de la vida y la hace pulsar en el texto. Allí, en ese centro, nos dejamos todos usar mediante la esperanza de una profunda revelación. Mediante la certeza de que la historia humana es prioritaria y que todos nosotros coincidimos en el tiempo. Todos nosotros estaremos sujetos al mismo penoso exilio, si perdemos la memoria, si permitimos que nos roben el lenguaje, los mitos y nuestra inextinguible capacidad de recrearlos